

Una casa para los papeles de la nostalgia

Adiós a Lenin: Antología poética

FEDERICO DÍAZ-GRANADOS

Editorial Pontificia Universidad

Javeriana, Bogotá, 2017, 120 pp.

EL TÍTULO de este poemario establece un paralelo ingenioso y sutil. *Good bye Lenin* es una película protagonizada por un joven que intenta recrear el socialismo de la República Democrática Alemana para su madre amnésica en el espacio reducido de su casa. Lo interesante es que ese esfuerzo, que nace por amor, miedo o culpa, deja de ser algo para la madre enferma y se convierte en una necesidad propia, un intento fútil, conmovedor y personal por narrar y volver a ver —en las cosas o en las noticias, por ejemplo— el país inembargable y, sin embargo, siempre extinto de la infancia y la juventud.

En esta breve descripción de la película ya se encuentra gran parte del universo metafórico y temático de *Adiós a Lenin*, la antología poética de Federico Díaz-Granados editada por la Pontificia Universidad Javeriana. El libro está prologado por Anthony Geist y compuesto por poemas de *Hospedaje de paso* (publicado originalmente en 2003) y de *Las prisas del instante* (publicado originalmente en 2015). Y no obstante los doce años que separan ambos poemarios, como indica Geist en su prólogo, la consistencia es norma y da cuenta de una poética de la nostalgia que, efectivamente, comparte mucho con el film. Reza el poema que da nombre a la antología:

Y no volvieron los cosacos ni los
komsomoles
ni los cosmonautas a mi cuarto
en aquella noche en que mi madre
me daba las buenas noches
en voz baja para no despertar a
toda la casa
mientras apagaba para siempre
la última luz de mi infancia. (p. 102)

El poemario está armado en torno a la dialéctica entre el presente y el pasado, entre los hechos ocurridos y la posibilidad de darles sentido cuando ya pasaron, en el tiempo del recuerdo.

Podríamos aventurar que se trata del negativo, del anverso de la novela de formación. La relación entre el poeta y el tiempo pasado se manifiesta en los versos de la antología a través de imágenes que recrean una mirada especial y personal al espacio cotidiano, aún habitado por los personajes amados que ahora son ausencias, palabras.

El escenario en que se despliegan los poemas es marcadamente doméstico: la rutina y los lugares que frecuenta el poeta, los regresos de los viajes, el uso de la casa como metáfora posible de un yo o del mundo como lo conocíamos, encuadran por completo las 120 páginas del libro. Y allí los viajes, las estadias de paso, los hoteles y los retrasos entran en tensión con el hogar —ese que debería ser permanente y refugio—, donde habitan las cosas, cargadas de recuerdos, y por supuesto, donde convivimos con fantasmas que permanecen en papeles como los tiquetes, las facturas, las notas o las cartas guardadas, perdidas y vueltas a encontrar.

Por otra parte, el léxico cotidiano que despliega Federico Díaz-Granados en esta antología ofrece un hermoso compendio de un recurso clásico de la literatura y, por supuesto, de la poesía. En *Logoi: Una gramática de la lengua literaria*, Fernando Vallejo lo describe como la “unión insólita de las palabras”. Y es que no se trata solo del oxímoron de la retórica, sino de la capacidad de sorprender coordinando, yuxtaponiendo o enumerando cosas de naturaleza heterogénea e incluso incompatible.

Este recurso predominante en el poemario construye, por ejemplo, metáforas sobre la marcha. Así el poema que abre la colección, “Hospedaje de paso”, escinde al poeta de su cuerpo y lo sustituye por un espacio por medio la coordinación de ambos campos semánticos: “Nunca he conocido a los inquilinos de mi vida. [...] Las mujeres han salido de este cuerpo a los portazos / quejándose de mi tristeza” (p. 21). Esta coordinación de lo tangible y lo intangible también se trenza en “Pastelería Metropol”, pero en este caso dentro de la descripción de lo percibido por la mirada del poeta: “Y sigo extranjero en ese vidrio, / gordo y cansado / y atrás de mí / algunas sombras, gestos de abuelos y tíos muertos

/ sobre los pasteles de vainilla” (p. 41). La superposición del recuerdo, la ausencia y el pastel, asociado a la “gordura”, además, produce un giro irónico que contrasta con el predominante tono nostálgico.

En la segunda parte de la antología, la que recoge poemas de *Las prisas del instante* (2015), estos mismos temas buscan nuevos lugares y nuevas metáforas. Por ejemplo, en “Retornos”, el corazón, que ya es una metonimia y una metáfora en sí mismo, adquiere la envergadura de una ciudad y termina personificado al ganar la capacidad de aprender de la experiencia:

No creo en retornos
Pero este amargo corazón de casas
viejas y calles rotas
Late en cada regreso
Sin gesto ni ademanes
Y sabe que el mundo es un mal
lugar para llegar. (p. 113)

En “Etiquetas para coser”, el cuerpo ha sido sustituido por la ropa en la que los amigos “esculcan los bolsillos / buscando verdades de a pulso, fantasmas, motas de algodón / y papeles arrugados o algún dulce perdido entre las llaves” (p. 72). Y “En mi calle” ya caben los sentimientos, el cuerpo reconocible de los otros, los gestos y la materia de las palabras de otro tiempo: “En esta calle / estará toda la nostalgia humana / en esos rostros / en esas limosnas / en esos alfabetos extraviados” (p. 73).

Otro recurso distintivo de esta colección y de la obra de Federico Díaz-Granados es la adjetivación. Por ejemplo, en uno de los últimos poemas del libro, “Un amor sin puntos finales”, la segunda estrofa enumera distintas parejas de sustantivo y adjetivo como “papeles extraviados”, “libros regados”, “llaves inconclusas”, “derrotas imprevistas”, “coyotes extraviados”, “películas soñadas” y “cantantes embriagados”. Las parejas, además, tienden a cerrar los versos y establecen así una lógica de ritmo propia, distinta a la rima y a la métrica.

La poesía misma, por supuesto, es tema de la antología. Aparece como el acto de escribir o de leer los propios versos en algunos poemas, y es imagen y referente en otros. Ahora bien, unos pocos la abordan exclusivamente a ella y nos dan una idea de una poética y

de una relación con la escritura y con el objeto mismo de la poesía. En “Inutilidad del oficio”, hay un grupo interesante de versos: “Y siempre habrá poesía / pero volveremos a las mismas y repetidas palabras / todos los temas están dichos / y habrá que repetir en cada verso / ritmos ya entonados, amores y muertes ya cantados” (p. 61). Para un poemario de la nostalgia y del tiempo perdido, este puñado de palabras representa una toma de conciencia de aquello que Harold Bloom identificara como el objeto de la ansiedad en los poetas: todo ha sido dicho ya por los maestros. Será allí, a pesar de la inutilidad de la práctica poética y del trabajo con herencias y viejos temas, que se labra el esfuerzo por volver a cantar para buscar “La poesía”, que según nos dice:

Es un solitario fruto caído en la orilla desconocida del silencio como una estrella fugaz brillando en su esplendor al mediodía extraviada de su órbita, de su noche, de su casa estelar inventada por la luz entre la muerte. (p. 59)

Ahora, hay dos poemas que me parecen los más interesantes de la antología. De *Hospedaje de paso* hay uno que se distingue por su tono, diferente al nostálgico al que tanto nos hemos remitido a lo ancho del libro. Se trata de una celebración de la vida como experiencia, como juego a tientas, como equívoco de golpes e incertidumbres que lleva por título “Consejos para Sebastián”.

Lleva contigo la lección de Ítaca –no importa el destino sino lo que conoces en el viaje–.
 Recuerda, hijo mío, las sentencias del amanecer
 el perderte entre viajes y batallas de tempestades
 cuídate del canto de la tierra en las noches
 seguro esconde un animal grande o el fuego de una vieja guerra no concluida. (p. 34)

Los versos brillan por sus asociaciones crípticas, por estar enunciados desde un apóstrofe retórico al hijo y por darle una vuelta al tropo del viaje de Ulises para crear un extraño, ocurente y eufónico texto de instruccio-

nes vitalista. Establece un contrapunto con los demás, logrando destacarse y separarse del conjunto como una lección o una especie de salida inesperada y feliz del desengaño y la adultez. El otro poema que quisiera señalar, en cambio, parece venir a concluir y apuntalar los cabos y metáforas que han ido quedando por el libro. Entre los últimos textos de *Las prisas del instante* está “Salida de emergencia”. A mi juicio, el más potente de los poemas que nos presenta este compendio de uno de los poetas más reputados del país. Allí, la imagen del tiquete se despliega como metáfora y puente para reunir y consolidar, finalmente, una de esas verdades que la poesía a veces nos guarda al final de los versos:

Por eso el amor es como el mundo,
 el cine, el tren, el avión o el poema:
 se sale de la misma forma y por la misma puerta
 con los tiquetes rotos
 tropezando con equipajes y torpes viajeros
 y mirando hacia atrás entre prisas y urgencias. (p. 115)

Jorge Francisco Mestre